

dicen los habaneros, se posee todo lo que se desea.

Las casas son de uno ó dos pisos, guardan en algunas calles alguna uniformidad; pero no es lo mas común, y en algunas es notabilísima la desigualdad que existe en las construcciones, para pintar las fachadas usan diferentes colores, y esto dá mal aspecto á la poblacion, porque verdaderamente no se puede negar, lo desagradable que es esa mucha diversidad de colores en los edificios; en Europa no se vé ese mal gusto, y por eso esas ciudades se diferencian tanto de las nuestras.

En América ha llegado hasta tal punto el ánsia de pintar, que muchas construcciones grandiosas, donde la piedra debia lucir en su mas perfecta desnudez, las disfiguran embarrándolas con algun color, quitándoles de esta manera todo su mérito y belleza.

Apenas se puede comprender, por qué se tiene en nuestros países tan mal gusto en este género; pero en fin, contra las costumbres poco se puede hacer, y ellas se perpetúan, aunque estén llenas de ridiculez; si la pintura fuera moderada, podria verse esto con ménos disgusto, pero que el colorado se encuentre cerca del amarillo, el verde con el azul, y otras mezclas de esta clase,

es cosa á la verdad de muy mal gusto, y desagradable á la vista.

Habiendo examinado ligeramente las casas, visitamos algunos tēplos de buena arquitectura, y diversos estilos.

Tuvimos la fortuna de estar en la Habana en dias de carnaval, y éste, que tanto ha degenerado en casi todos los países, nos pareció allí muy animado; y aunque no se veían grandes comparsas de máscaras recorriendo la ciudad; pero sí muchas más que en otras partes, unas á pié, metiendo mucha bulla, y respirando la más festiva alegría; otras en carros, perfectamente disfrazadas, que llamaban la atención; otras en carretelas, desde las que arrojaban á los piés de las hermosas é interesantes habaneras ramos de frescas flores.

Como el primer día de carnaval es en domingo, lo habiamos distribuido de este modo; nos levantamos temprano y fuimos á bñr misa; lo que mas nos llamó la atención allí, fué la costumbre muy general de la silla y el tapete; detras de cada señora, (por supuesto de las familias principales); se vé un pequeño lacallo negro con su elegante librea, que lleva sobre el brazo izquierdo, un tapete, y en la mano derecha una cómoda sillita; al llegar al templo, se para detras de su



ama, despues de extender la alfombra, la señora ó señorita se sienta con su libro en la manobiza, quierda, y en la derecha el abanico, porque es imposible que las habaneras lo abandonen un solo momento; pues el calor de este puerto les sin ponderación insufrible, y algo refresca el aire, aunque cálido, que con él se dan. Cuando ha concluido la misa, al levantarse las señoras, los esclavos vuelven á apoderarse del tapete y de la silla, y siguen de nuevo á su ama.

Oída la misa nos dirigimos á otras iglesias; en todas notamos mucha concurrencia y aseo.

Despues fuimos al mercado: todas las legumbres se hallaban colocadas por su órden, sobre mesas muy limpias, y generalmente notamos tambien en el resto del mercado el mayor aseo, cosa que nos complació muchísimo, porque si en todo lugar es preciso la limpieza, en este es más que necesaria.

Regresamos al hotel, y volvimos á salir con nuestra aya á pié: ésta desde Roma, en nuestro primer viaje, habia sido nuestra compañera inseparable, era la que nos cuidaba en la niñez, siempre ha estado con nosotras, y con el trascurso de tantos años, la consideramos ya como parte integrante de nuestra familia. Italiana de origen, y de muy buenas cualidades, todos la queríamos.

mucho; cuando hubimos concluido de dar nuestro paseo en su compañía, regresamos de nuevo al hotel, trayendo con nosotras una canasta llena de magnífica fruta, conducida por un muchacho, satisfaciendo así uno de nuestros deseos.

Pocos momentos despues nos sentamos á la mesa, y comimos con mucho gusto y apetito.

No faltó en la mesa como postre la famosa jalea de membrillo, que tiene fama allí de ser muy buena, y que siendo tan agradable al paladar, la tomamos con la misma complacencia que la fruta que habíamos comprado.

Terminada la comida, nos dirigimos á la sala, el piano nos proporcionó un agradable entretenimiento, y ejecutamos en él de preferencia las danzas habaneras, por ser la música propia del país; este baile es para ese clima tan ardiente, muy propio; puesto que no es allí posible agitarse sin sentirse desfallecer, y exponerse á contraer graves males. Mientras tocábamos se presentaron en la sala muchas señoritas, que nos llenaron de finas atenciones; pero tardó poco esta agradable reunion, porque pronto nos avisaron que nos preparásemos para dar algunas vueltas por la ciudad, y dirijimos despues al paseo, donde debíamos pasar la tarde.

Las volantas esperaban á la puerta del hotel,



y muy pronto estuvimos listas y emprendimos nuestra marcha; comenzando por entrar al hotel del Tacon, á tomar unos helados; pues deseábamos apagar el calor y la sed que nos devoraba.

Penetramos en seguida en el teatro, tan solo para conocerlo, y luego nos dirigimos al paseo nuevo de Isabel.

¡Oh que bello se encontraba! nos impresionó muy agradablemente. La hilera de carruajes todos abiertos era compacta, y se extendía todo lo largo del paseo: las músicas militares ocupaban las glorietsas, tocando con verdadera maestría y gusto, las mejores piezas; multitud de personas á pié ocupaban sus avenidas, en las cuales se veía grande animación, vendimias, y se oían gritos y algazara inmensa.

Las habaneras elegantemente vestidas, ó mas bien sencillamente, pero con mucho gusto, que es lo que forma muchas veces la elegancia, se presentaban en sus carruajes abiertos, con sus ligeros trajes; el lino, la muselina, la gaza, lucian allí como propios del clima; á la sencillez se hermanaba en ellas una elegancia perfecta.

Tienen las habaneras mucho gusto para vestir, y como sus trajes son tan aereos y vaporesos, esto contribuye y no poco á realzar sus gra-

cias, y presentarlas tan bellas é interesantes. Siendo en extremo simpáticas sin ser hermosas, tienen un atractivo imponderable. La fuerza del clima, el excesivo calor, dá á las jóvenes de este país una languidez seductora; regularmente no ostentan el color de la rosa, y la frescura de los años; son pálidas, muy pálidas; pero al traves de esa palidez, cuán bellas facciones! Tienen por esto mismo un aspecto muy interesante, que atrae y presenta en ellas un tipo especial, que les presta mucho encanto.

Sí, no lo dudamos, el corazón de las habaneras debe ser ardiente como su clima, así como su hermosura es particular en su género.

El paseo nos proporcionó la ocasion de ver allí reunidas las joyas de aquella población; las más bellas jóvenes se presentaban en sus elegantes calezas; fácil era distinguir por su atavío, sus modales, y sus carruajes á las personas notables. En medio del paseo cabalgaban en orgullosos corceles multitud de jóvenes con buen aire, y de aspecto alegre y afable, mezclándose de vez en cuando entre las máscaras, que lucian sus vistosos trajes de fantasía, y entre los cuales habia algunos de muy buen gusto.

Las máscaras parecían poseídas de alegría y buen humor; de cuando en cuando tiraban pe-



queños ramos de flores á ciertos coches; luego les dirijian dos ó tres agudezas, dichas con áquel aire andaluz que tiene tanta gracia, y en fin, la risa, el alborozo y el contento se ostentaban á porfía en aquel ameno sitio.

Con verdadero sentimiento veíamos, que las sombras de la noche comenzaban á embolver la tierra en su negra oscuridad; hubiéramos querido detener ese manto lúgubre, que venia en un momento á destruir el contento de que estábamos poseídas; ¡vano deseo! A las siete de la noche regresamos al hotel despues de haber pasado un dia, que no se borrará de nuestra memoria, puesto que tanto gozamos en él.

La Habana tendrá siempre para nosotros gratos recuerdos; jamás podremos olvillar su aspecto alegre y animado, su movimiento mercantil, y las mil alhagüenas impresiones que recibimos en su simpático suelo.

El siguiente dia lo pasamos como el anterior, y á la caída de la tarde, despues de cenar, salimos del hotel para embarcarnos.

Ivamos de nuevo á trasladarnos á bordo, no sin repugnancia, pues no nos agradaba navegar; y despues de permanecer algunos dias en tierra, volveríamos á sentir, como era natural, los ter-

ribles efectos del mareo, y esto nos desagradaba en extremo.

La noche había avanzado mucho, cuando llegamos á la orilla del mar; nuestros ojos se volvieron tristemente hácia la preciosa isla que íbamos á abandonar, y en seguida buscamos las barquillas que debian trasladarnos á bordo; nada descubrimos, pues las embarcaciones se habían ya retirado.

Las tinieblas de la noche cubrian el horizonte, la luna no podia brillar su disco refulgente, y en medio de la oscuridad tan espantosa, solo una pequeña barquilla se presentó á nuestra vista, y esta tenia infaliblemente que conducirnos al buque, porque no había otra, y el vapor debía partir.

Con gran dificultad, y alumbrados tan solo por la luz de un farol que estaba en el mástil de la barquilla, penetramos en ella, era muy pequeña, apenas cabíamos, y notamos con sobresalto, que á medida que íbamos entrando en ella, la débil embarcacion se sumerjía en las aguas.

Nuestro pavor creció de punto, cuando al encontrarnos todos allí, notamos que la barquilla se hallaba casi al nivel de las olas.

La vela se extendió, el único hombre que debía conducirnos se colocó en la proa, tomó sus



remos, y la barquilla comenzó á alejarse de la playa, impulsada por el viento; el mar no estaba tranquilo, una oleada un poco fuerte podia causar nuestro naufragio. Nuestro corazon se heló de espanto, porque el peligro era inminente.

Esponernos en la densidad de las tinieblas en una débil barquilla, á discrecion del viento y de las olas, era encontrar quizá una muerte segura é inevitable. Comprendiamos, por las reflexiones de nuestro tierno padre, que de un hilo pendia nuestra existencia, y teniamos en perspectiva la muerte más terrible.

En tan angustiosos momentos, elevamos nuestras plegarias al cielo, como lo hace siempre el corazon del cristiano, y el Dios Omnipotente las escuchó benigno. Nuestra posicion era crítica, las olas, al estrellarse contra nosotras, nos bañaban en sus saladas aguas, naufragar podiamos con demasiada facilidad, y entónces, sepultadas en la inmensidad del Oceano, ni aun habria quien diese razon al ménos de nuestra desastrosa suerte, porque en aquella hora nadie veria nuestro naufragio.

A medida que nos alejábamos de la tierra, internándonos en el mar, nuestro temor crecía.

La pequeña luz del farol era el único faro que nos alumbraba al través de las aguas, al fin, des-

pues de media hora de camino y de agonía, la débil embarcacion se hallaba ante el vapor, que se mecía magestuoso al dulce balanceo de las olas, nuestro corazon palpité de contento; la barquilla atracó, y por la escalera de cuerdas subimos al Manhattan; cuando todos estuvimos sobre cubierta, dimos gracias al Eterno, que tan generoso habia salvado nuestra vida, velando sobre nosotros; en seguida vimos alejarse la barquilla que nos habia conducido, siendo el juguete de las olas y del viento. Cuando desapareció de nuestra vista, nos dirijimos á saludar á Marta, á quien no habiamos visto en la Habana, con ella permanecemos hasta las diez, y en seguida nos retiramos á nuestros camarotes.

A las doce levantó el ancla el vapor, y á la mañana siguiente cuando nos levantamos, cielo y agua se presentó tan solo á nuestra vista.

que en la navegacion anterior el primer dia nos matamos, y los otros cuatro restantes los pasamos mejor.

Habiamos dejado algunos pasajeros en la Habana, pero en cambio habiamos otros nuevos en nuestra compania.

La mayor parte del tiempo lo pasamos so- pre cubierta, era este el lugar donde nos encontramos mejor.